

Juegan negras y ganan

Daba igual. Desde las porterías improvisadas a base de abrigos y carteras escolares generosamente identificados con el barrizal en el campo de tierra del colegio hasta las señalizadas con montículos de piedras con un palo plantado en el medio sobre la explanada del parque, nos creíamos por unas horas los dueños del mundo.

Daba igual. Qué importancia podían tener unas camisetas viejas, de aquellas con cuello camisero hasta el esternón y cintas corredizas enhebradas en mohosos ojales con un insufrible pestazo a naftalina, con llamativas manchas en torno a los sobacos, aparentemente de lejía, unas camisetas que nos había conseguido el padre de Marcos quién sabe dónde, si nos sentíamos verdaderos futbolistas. Mi madre me dijo que mi camiseta estaba comidita de sudores, que a saber qué tiñoso la habría dejado en tales condiciones y que cómo me iba a poner yo encima una cosa así. Cuando me la devolvió, exquisitamente planchada, la prenda había perdido aún más color por efecto de sus líquidos purificadores. Tan específicos eran los desteñidos que al cabo de unas semanas conocíamos el número de cada camiseta sin necesidad de mirarle la espalda. La del agujero en el hombro era el ocho, la del chorrete vertical el dos, la de los tréboles marchitos en la manga el seis...Una singular personalización a partir de la cutrez.

Luego, de cintura para abajo, cada cual hacía lo que podía; en mi caso, pantalón de azulina y medias blanquiazules del Deportivo con las playeras Paredes. Era nuestro equipo, nuestro primer equipo de verdad, y la estética, a los nueve o diez años, no deja de ser una simple anécdota.

Dos años después entrenábamos en el campo de tierra del colegio con porterías reglamentarias –sin redes- a las órdenes del profesor de Gimnasia, Pepe, que una vez por semana tras acabar las clases por la tarde nos preparaba para afrontar un debut medianamente digno en el campeonato escolar. Una hora larga bajo la mirada inquisitiva y la sonrisa escéptica de Pepe, cuyas instrucciones de hay que hacer esto, hay que hacer lo otro, eran siempre colectivas, sin individualizar, en un tono tan genérico que parecían extraídas del listado de deberes de una carta magna. Ahora disponíamos de unas camisetas de manga corta tan ceñidas –los curas desconocían a qué edades se pegaba el estirón- que si queríamos recuperar el aliento después de un esfuerzo importante, nos bastaba con quitárnoslas. Una vez que los pulmones reconquistaban su lugar, nos las volvíamos a encorsetar. Con el pantalón pasaba una cosa curiosa: Sí, la anchura de su talle y la longitud de sus perneras eran normales. Pero la bragueta era la badana de un tirachinas. La tarea de

uniformarnos para jugar requería tal precisión, que al acabar nos considerábamos capacitados para impartir una lección magistral al mejor relojero suizo. Por lo tanto, no era infrecuente comprobar en los entrenamientos como al intentar detener la internada de un jugador, éste para salvar al jugador rival amagase con su testículo derecho –recién desprendido de la bragueta- para salir por su izquierda con el balón controlado.

Pepe me había puesto de central. No es que fuera de los más altos del equipo, pero él se empeñaba en afirmar que mi puesto *natural* era de líbero y, para justificar su idea de que mi cinco era el número de los grandes pilares de la historia del fútbol, me dedicaba largas disertaciones sobre argentinos, italianos y la uvedoble-eme que obraban en mí el mismo efecto que una enciclopedia en el salón de Sofía Mazagatos. Cuando advertía mi desconcierto ante sus indicaciones, fruncía la escasa superficie de frente que la naturaleza le había dejado entre sus cabellos y ojos. Finalmente, y por acallar mis deseos de jugar en la delantera y meter goles, concluía que mi precisión en el pase me daba una gran ventaja para ver el juego desde atrás. Y es cierto que la tenía, esa ventaja, debido a mi habilidad natural para analizar las posiciones de los jugadores y prever en lo posible sus intenciones, el lugar más probable donde habría de ir el balón. A mí, eso me resultaba relativamente fácil porque se parecía un poco a otra de mis pasiones, el ajedrez; y soñaba muchas noches con alfiles transmutados en Robin Hood que buscaban un hueco imposible entre el bosque de fichas contrarias, o con cargas de brigada ligera cabalgando en mi caballo de boj para burlar a saltos quebrados la retaguardia enemiga. Jugar al fútbol desde atrás era algo así, aunque la mayoría de las veces la pelota no iba a parar adonde la lógica exigía.

Estábamos en el mismo grupo con Calasanz, Jesuitas, Calvo Sotelo, Liceo, Dominicos, Masculino, Zalaeta y Hogar de Santa Margarita. En la provincia había con el nuestro cuatro grupos con ocho o nueve equipos cada uno. Los dos primeros clasificados jugaban la fase final del sector provincial.

Pepe fue incrementando la duración del entrenamiento semanal a medida que se acercaba nuestra presentación. Asimismo intensificaba la dureza de las sesiones:

- Mirad, como no os dejéis la piel sobre el campo, voy a ser tan duro como entrenador que voy a hacer que Atila, el rey de los hunos, parezca un mariquita. –gritaba encolerizado- parafraseando seguramente la arenga de algún entrenador de rugby o fútbol americano dirigida a su plantilla que había visto en alguna película.

Su método de trabajo podía ser calificado como pretencioso:

Cada vez que nos quería explicar una táctica o estrategia, echaba mano de un librito deteriorado y una tiza.- Sobre un encerado y con el librito abierto en la mano trazaba diagramas, números, figuras geométricas, flechas y otros gráficos indescifrables, dando rienda suelta a una perorata absurda que chocaba frontalmente con la concepción infantil de entender la práctica de este deporte: desfogarse y disfrutar. Una vez más el señor José López había cumplido el voto secreto del profesional docente: Tomar una actividad intrínsecamente divertida y extraerle hasta el último vestigio de placer.

Pero ésto último ocurría en muy pocas ocasiones, ya que para complementar sus escasas “enseñanzas teóricas” se tomaba muchas veces la confianza de jugar con nosotros, mostrándonos, por medio de la práctica, *el lado oscuro* del espíritu deportivo y el juego limpio: Si intentando un regate le quitaban limpiamente el balón, pitaba falta a su favor; si quería *distribuir* el juego solía pegar un pelotazo a voleo para delante y gritar cuando el balón se alejaba de los límites del recinto escolar: <<¡Pero desmarcaos coño, que aquí no se mueve nadie!>>; Si fallaba un pase, achacaba el error a la mala colocación del destinatario de su envío. Pepe era un hombre poseído. Por desgracia, no era un hombre poseído de una fabulosa habilidad deportiva. Cuando nos permitía jugar y él se quedaba en el banquillo, su cometido se basaba en estas tres funciones:

1. Silbar a través de los dedos.
2. Mofarse sarcásticamente de sus jugadores: A un compañero que al intentar pegarle a la pelota, erraba y le daba al aire, le dedicaba esta frase de aliento: <<¡ Que ya os he dicho que no vale engañar!>>; si el portero efectuaba una salida precipitada y su *cantada* ocasionaba un gol en su propia puerta, recibía de nuestro entrenador una inyección de autoconfianza <<¡Sí señor, tú eres una garantía de gol, y no los delanteros!>>
3. Deleitarnos con una variada tabla gimnástica de ejercicios espasmódicos que reflejaban sus diferentes estados de ánimo a lo largo del entrenamiento. Esta tabla incluía los siguientes movimientos:

Posición de brazos en jarra y pie derecho punteando el suelo.

Manos llevadas a la cabeza en un movimiento oscilante de atrás hacia delante.

Continuos amagos titubeantes entre irse o quedarse.

Simulación gestual y corporal de determinados lances del juego –un disparo a puerta, un remate de cabeza, un pase con el empeine, un marcaje individual- intentando así *corregir* nuestros movimientos incorrectos.

Martín, nuestro diez, era la joya del equipo. Nadie le discutía ese número, como nadie se atrevería a disputárselo a Pelé. Pequeñito, un poco culón, pero

con un tobillo capaz de dislocar las cinturas más flexibles y dotado de una técnica a distancia sideral de cualquier chico conocido de nuestra edad. Demasiado bajito para los listillos de turno del Ural que lo juzgaron y lo rechazaron; y yo me preguntaba con perplejidad si el Deportivo era un equipo reservado para gigantones porque, aparte de Piris y Traba, casi todos sus jugadores- García, Castro, Piño,...- eran unos retacos.

Juiz, el Muerto, era el portero. Un jersey enorme le caía lacio, como derretido, hasta las rodillas. Tenía que atarse las mangas, con gomas por encima de los codos, para acortar de algún modo su longitud y dejar las manos libres. Juiz era pálido como su apodo, la enfermedad hecha niño, sus piernas combas como de simio. Pero arriesgaba la exigua vida que le quedase en salidas escalofrantes a los pies del tío más bestia, y su elasticidad de serpiente no hacía distingos entre el aire y la dura tierra.

Remeseiro, *Topo*, jugaba de extremo derecho. Era difícil echarle el guante a la carrera, y derrochaba igual maña para brindar pases de la muerte que para marcar goles desde las posiciones más inverosímiles. Eso, cuando iba. Porque Topo era, para todo, de esos chicos con la cualidad de lo inesperado: si a falta de diez minutos para el comienzo del partido o del entrenamiento no estaba en el vestuario, ya podías olvidarte de él. Siempre traía excusas extravagantes para justificar sus ausencias, y cada lunes siguiente a su desertión, Pepe le montaba la correspondiente bronca; aunque jamás se atrevió a suspenderle la gimnasia porque era el mejor de todos, y al entrenador se le caía la baba viéndolo saltar el potro sin trampolín.

Antes de comenzar el campeonato, Pepe decidió que debíamos jugar un amistoso para “coger oficio”, y el equipo escogido fue el colegio de sordomudos de La Coruña, que nos arrancó un empate en los últimos minutos. Y es que los sordomudos eran recios como el pedernal, saltaban chispas a su contacto, hacían un fútbol sin concesiones y, tal vez porque el relativo aislamiento funcional acentuaba su concentración, jugaban de memoria. Debutamos contra Dominicos en casa y les ganamos 5-1. No era un rival de entidad, pero nosotros hicimos sorprendentemente un buen partido. A la semana siguiente fuimos al Hogar —éstos eran conocidos por la leña que repartían- y les ganamos 2-6. Yo anoté un tanto de cabeza. Comenzábamos a considerar el hecho de que Pepe —a pesar de sus rarezas, bufonadas e histerismos- supiera lo que se traía entre manos. Estas suposiciones se vieron confirmadas en el tercer partido, en casa contra Calasanz. Ganamos 3-2 y jugamos muy bien ante un buen equipo. En definitiva, llevamos un magnífico campeonato, -sin ninguna ayuda arbitral-, pero tuvimos la mala suerte de cometer dos errores graves: Perdimos los dos partidos con el Liceo —que era un rival asequible- y el esperado ante Jesuitas —el rival más fuerte- en nuestro campo. Total, que nos tuvimos que jugar la clasificación contra Jesuitas en su

campo en el último partido de la liguilla. Si ganábamos, nos clasificaríamos con los Jesuitas. Si perdíamos o empatábamos, jugarían el Sector Liceo y Jesuitas.

Habíamos hecho un campeonato fantástico, más allá de lo creíble en chicos que nunca antes se habían sometido a la menor disciplina. Y a medida que avanzaban las jornadas, nos íbamos sintiendo orgullosos de lo que habíamos hecho hasta entonces. Orgullosos al margen, el esfuerzo merecía la pena. Clasificarse, objetivo más que ingenuo pocos meses antes, ya era un premio extraordinario; y salir de viaje, cualquiera que fuese nuestro mítico destino, pasear nuestros corazones eufóricos de triunfo bajo las mustias y comprimidas camisetas, todo un sueño.

La suerte quiso que el último partido resultase decisivo. Nuestros últimos rivales, sin embargo, mostraban una tabla clasificatoria perfecta, con todos los partidos ganados, si bien no faltaba quien jurase que habían sacado adelante algunos envites de muy malas maneras, con no pocas ayudas arbitrales. Solían llegar al campo en autocar, todos juntos. Nosotros, cada cual por su cuenta. A mí y a otros tres compañeros nos llevaba el padre de César Resch.

Aquel día jugamos a las once en su maravilloso campo de fútbol.

Iban de blanco. Un blanco perfecto. Resplandecían bajo el sol de abril sus camisetas de algodón, ajustadas en cuello y muñecas, una copia exacta de la selección inglesa excepto en el escudo, donde los leones británicos y la cruz roja de la Union Jack habían sido sustituidos por la iconografía de una ilustre congregación religiosa. Las botas, con más charol encima que los zapatos de un obispo. Y el portero, un figurín de impoluto jersey amarillo canario.

Tenían el fulgor de los dioses, el brillo del éxito en sus miradas.

Y tras ellos, sus familias. Los acompañaba toda la parentela; hasta las abuelas llegaban con sillas de tijera para echar algún grito de ánimo a sus angelitos. Aquel día caí en la cuenta de que nadie iba a verme jugar. Mi madre pensaba que sólo éramos once muchachos que disputan a otros once darle patadas a un balón. De vez en cuando, a falta de mover el cuero, se dan patadas entre ellos. Mi padre, en cambio, creía que en el fútbol debería haber algo interesante si tanta gente se empeñaba en seguirlo, pero desconfiaba – inmediatamente- de la unanimidad de las masas.

Enseguida supieron que esta vez no les iba a ser fácil.

A medida que se acelera el pulso, ya en los primeros minutos de choque jadeante y tenso, te familiarizas con las caras de quienes quieren arrebatarte tu sueño, con sus ojos persuadidos de victoria. Con algunos nombres. Con sus virtudes y defectos.

Casi todos son buenos jugadores. Y saben lo que se hacen: corren y driblan para volvernos locos. No es de extrañar que hayan ganado fácil hasta ahora. Nos va a costar. Además, el portero es extraordinario; ya le ha sacado a Topo dos balones de los que normalmente acaban dentro.

Pasa el tiempo y, a pesar de la maestría rival, Juiz casi no ha tenido trabajo: para eso estamos los demás, para cuidar de que su cara no palidezca por encima de lo resistible; aunque si alguno de estos blanquitos llega solo a sus dominios, Juiz se lo come, vaya si se lo come.

A Topo le roban con la mano un pase a media altura que intentaba bajarse al pie. Falta directa. A tres pasos del área. Ideal para Martín.

Es la primera vez que lo veo tan cerca: si nos ponemos por delante, ya podemos preparar la maleta para las finales porque éstos no marcan un gol aunque nos cueste la vida. Y además, tienen mal colocada la barrera. O es escasa, no sé, pero se lo van a tragar. Tras el pitido, un compañero amaga, salta sobre el balón, la barrera se mueve, y Martín, con insultante sencillez, la coloca en la escuadra.

Hay pocos gritos. Los nuestros, nada más, pero atruenan como un estadio con el cartel de completo mientras corremos a abrazar al ídolo doméstico. Aunque el árbitro no para de darle al silbato y agitar sus manos al aire. Lo ha anulado. Dice que hay que repetirlo. De muy malas maneras, nos explica al corro de sorprendidos que no vale engañar: así, con estas palabras, que eso de que uno salte por encima y que otro chute no es correcto.

Protestamos todos, protestó Pepe, que exigía desde la banda el derecho de un equipo a ejecutar un lanzamiento directo como le viniera en gana dentro del Reglamento. Le costó una amonestación. Verbal. En aquellos tiempos no había tarjetas, los árbitros no disponían del gesto funcional que supone sacar un cartoncito de colores, ese alejamiento psicosomático del conflicto. Aquellas reprimendas eran de viva voz, cara a cara, y la advertencia tenía el peso específico de un desafío, el valor de una cita inmediata para la pelea chulesca; aunque de sobra se sabía quién mandaba, y más valía morderse la lengua.

En medio de la barahúnda, vi un asomo de lágrimas en los ojos de Martín, y supe que a partir de ahí estaba perdido para el partido. Tenía la moral frágil, una especie de indignación sensiblera ante la injusticia que le bloqueaba la

mente, las piernas, el deseo. He conocido mucha gente así a lo largo de los años: necesitan de la limpieza alrededor para vivir como seres humanos y en tales circunstancias dan siempre lo mejor, pero, incapaces de enfrentarse a la contrariedad del desafuero, se repliegan sobre sí mismos y dejan que la vida los recorra, los agriete, los pulverice.

Martín la manda a las nubes al segundo intento. Lo sabía.

Durante el descanso, nuestro vestuario es una protesta sorda, un cuchicheo de cólera. Algunos ni siquiera reprimen insultos, gruñidos entre dientes para que no los escuche a través del tabique el caradura de negro. Pepe no se inmuta. Para él está muy claro: ellos son muy buenos, pero juegan cada cual por su cuenta. Nosotros somos un equipo y les vamos a ganar. No acertábamos a entender como la suma de las individualidades pueden formar un equipo y hasta qué punto el equipo responde a la suma directa de la calidad particular de los jugadores o, por el contrario, la suma de los factores no responde a la matemática del producto. Pepe nos dejaba claro que un equipo era una sociedad en la que cada individuo debía cumplir un papel determinado. Cada uno debe conocer su misión y no hacer otra cosa que cumplirla. Cuando lo consideraba así, siempre entendía que lo más necesario era la disciplina. Confiaba ciegamente en esta verdad, pero en ese momento había que arriesgar, teníamos que ganar ese partido. Eso de si no puedes marcar, que no te marquen, ahora no tenía vigencia. Comenzó a pensar jugadas y en algunos cambios: Puso a Martín un poco más atrasado, de *escoba*. No era lo que esperaba. Quería jugar adelante, ser el cerebro del equipo. Para hundir por completo su frágil mentalidad competitiva, Pepe apostilló: Ya que no estás muy centrado, al menos no dejes que el rubio, el número ocho, se mueva. Tu eres más rápido que él.

Al reanudarse el partido, nos empeñamos en cumplir la premonición de Pepe, pero sin la plena colaboración de Martín somos otra cosa, valemos la mitad de la mitad. Y él navega por el campo como una cáscara de nuez en la tormenta, sin olerla, sin ver un pase, sin intentar siquiera acercarse al área.

Juiz se ha jugado el tipo un par de veces y tiene un zarpazo en la cara que da pena: parece una estampita piadosa, la imagen patética de un santo mártir envuelto en el sudario de un gigante. Aunque aprieta los dientes y saca el balón con más ganas que nunca. Bueno, también tengo yo un huevo en la frente que escuece como rayos, similar al que adorna a su delantero centro: a ambos nos faltó precisión en el salto y nos sobró empuje.

Son más fuertes, físicamente, que nosotros. Al principio ni lo notas, pero a medida que pasa el tiempo, según nos vamos disolviendo en el autismo exagerado de nuestra estrella Martín, ellos azuzan y no salimos. Apenas Topo

les inquieta de vez en cuando con sus carreras y nos permite subir líneas, recobrar un poco el resuello. Hasta que llega inmediatamente la avalancha y nuestro extremo derecho queda otra vez arriba, casi aislado. Solo.

Le veo así, vagando en el desamparo, y le mando un balón largo, muy largo, por quitármelo de encima, o para que corra una vez más, si puede. Lo hace, supera a la defensa y chuta en parábola por encima del portero, ligeramente adelantado por la confianza que da el dominio. ¡Va a ser goll... Su central llega a tiempo y despeja a córner con el puño: una estirada magistral. ¡Tiene que pitar penalti!

¡Sí! ¡Lo señala! ¡Por fin! La última vez que nos concedieron un penalti fuera de casa, Jesucristo todavía trabajaba de carpintero.

De nuevo se abre el cielo. Todos sabemos que Martín jamás ha fallado un penalti. Pero nuestro Pelé no está para tirarlo. No está para nada. Me giro, no quiero ver a Pepe. Da lo mismo, porque los compañeros se encargan de trasladar su orden: me toca.

Lo había soñado. Esa noche, yo tenía mi dama negra frente a un rey solitario, el jaque mate a punto, cuando me levantó el timbre del despertador. Llevé el peso de esa sensación durante todo el viaje; luego, al llegar al campo, los sueños privados quedaron al margen para dejar sitio sólo al sueño colectivo, para pensar nada más que en el partido. Ahora vuelvo a verla ahí delante, la mejor jugada. Yo, dama negra, frente al pobre rey abandonado, desguarnecido.

Hay gritos de apoyo al rey. Nacho, Nacho, le animan sus incondicionales. Nacho... Seguro que su papá es el que más grita. A los reyes se les jalea. No a las reinas negras, porque sus padres o están paseando por el parque o haciendo la compra en el mercado.

Nacho se coloca un par de pasos por delante de la raya. Cualquiera que haya jugado al fútbol sabe que un portero debe pisar la línea de gol bajo el larguero cuando va a recibir un castigo así: es como saber que se circula por la derecha o que el sol sale por el este. Nacho también lo sabe, pero para él no parecen existir reglamentos. Seguro que quiere ponerme nervioso.

El árbitro se sitúa, me observa y da la orden de ejecución con el silbato. Un pitido largo que recibo casi como una agresión. Le pido que obligue al portero a echarse atrás, a ocupar el sitio correcto, y lo mismo hace Pepe, y mis compañeros suplentes. Con la mirada oscura del verdugo, el juez se acerca a zancadas y, sin que los demás puedan oírlo, me dice que tire el penalti cuando él pite, o me expulsa.

Nacho tiembla, lo sé, a pesar de la ventaja innoble que se le concede. Pepe pide a Martín que lo lance: si hay que aceptar la fatalidad de esa posición ilegal del portero, él es más capaz que yo de precisar, de ponérsela por encima de la gorra en un toque perfecto que yo ni siquiera puedo intentar. Pero Martín no anda para esas confianzas y el árbitro advierte a Pepe que soy yo el designado y que nos dejemos de perder tiempo.

Se me empieza a encender la sangre. Me corre como a pisotones por las tripas. La portería es pequeña, muy pequeña desde esta perspectiva, y el amarillo canario que la protege parece una muralla demasiado sólida para ser atravesada por mi voluntad. En esos momentos corres el riesgo de que la indignación te nuble la vista, de que llegue el síndrome Martín y la cagues, así que tomo carrerilla: ni mucha, ni poca, la suficiente como para chutar a conciencia. Pepe dice que tengo un buen disparo. Me lo repito, y lo grabo bien fuerte en el pensamiento para impedir que me tome por asalto el cabreo que me está creciendo dentro.

La pego, con toda mi alma en el empeine, y veo el proyectil de cuero blanco partir hacia su diana rectangular.

Décimas de segundo. Una eternidad.

Nacho se ha estirado en la dirección correcta, pero el balón es infinitamente más rápido y, en gesto burlón, parece sacarle la lengüeta al pasar ante sus narices. Es gol... Debería ser gol. ¿Por qué toma ese efecto hacia arriba? ¡Mierda! Se estrella en el larguero, rebota sobre la línea mientras tiembla la madera y vuelve al campo con la fuerza de un puñetazo, humeante de yeso, polvoriento rebelde a mis deseos. Corro a por él, a empujarlo si es posible, al tiempo que me dan ganas de gritarle que entre, por favor, que siga su camino hacia la red. Pero no quiere: Nacho llega antes que yo y manda el balón a córner. Yo me duelo por dentro en un fuego turbio que se propaga reclamando equidad. No escucho nada alrededor, ni siquiera el griterío de gozo que se les supone a los familiares del equipo rival tras la portería, y a las abuelas que, en sus sillitas, seguramente no tienen ni idea de por qué deben expresar su afónico contento. Castro, nuestro lateral derecho, se acercó al árbitro y se lo dijo, lo que estaba deseando soltarle desde hacía un buen rato.

Le expulsó. Dijo que le había llamado cabrón. Pero fue ladrón. No sé qué es peor. Imagino que escuchar eso de un chaval de doce años no es muy digerible; y menos por aquellos tiempos en que la autoridad, cualquier autoridad, era un paradigma por encima de toda sospecha.

Empatamos a cero. Ni siquiera en inferioridad nos rendimos. En el vestuario, Pepe se interesó, sin reproches, sobre el percance. Dijo que llamarle cabrón a un hombre hecho y derecho, probablemente casado, era un insulto demasiado fuerte; aunque cuando Castro le aclaró la palabra que realmente había salido de su boca, se rascó una oreja y se limitó a admitir que tenía razón.

Nunca había visto llorar a tanta gente al mismo tiempo. De rabia. Luego, la vida te va enseñando otros espectáculos, y aprendes que llorar de rabia en grupo es algo relativamente fácil cuando los hombres carecen de la tramposa connivencia de la justicia y no les queda otro derecho a qué agarrarse sino a sus lágrimas y a las del vecino.

Aquél fue nuestro último partido. No volvimos a jugar juntos. Remeiseiro, Topo, dejó el colegio el curso siguiente; Castro también se fue; A partir de los catorce, no supe más de Martín; seguro que hoy será un barrigudo padre de familia, como muchos de nosotros; medio calvo, adicto al telefútbol y bien integrado social y laboralmente, un elemento más de la mayoría silenciosa con su elegante úlcera de duodeno, si es que sus nervios no se han acostumbrado ya al silencio dócil. Estoy seguro de que alguno de sus hijos, si los tiene, es un joven diamante del fútbol actual. Porque ese instinto, digan lo que digan, se transmite con la sangre, como el fluir de las lágrimas y el morderse los labios ante el abuso; espero, al menos, que el vástago haya eliminado de su código genético la inclinación al desfallecimiento moral de su progenitor.

Juiz heredó de sus padres la floristería a la entrada del mercado. La última vez que lo vi había ganado en carnes, y se movía tras el mostrador en busca de los ramos con el mismo vaivén lateral con que solía perseguir los balones. Aunque sin ilusión ya en sus ojos de cervatillo triste. Y a la cara macilenta le habían crecido un par de ojeras del tamaño de ciruelas pasas. Hace poco más de seis años, cumplió el último encargo: enviarse a sí mismo, envuelto en flores, al otro barrio. Todo en el mismo paquete, aprovechando el bote pronto de un accidente de tráfico. Su último saque de meta para hacer cierto, por fin, su apodo.

Topo se mantuvo en sus regates; a la vida, en este caso. Aficionado a las drogas, siguió jugando durante años a darse pases de la muerte a sí mismo. Nadie remata sus propios centros: nadie hay tan rápido como para eso. Y es imposible que las lesiones te respeten en cada partido con un juego tan subterráneo como el que él decidió jugar. Al final, de poco vale el oficio de la experiencia, y tarde o temprano te echan el guante por muchas excusas extravagantes que te inventes, por bien que salves potros, muros y defensas con disparos en parábola o quiebros de una cintura cada vez más torpe. Lo último que quebró fue la condicional, y le cayeron diez años; tarjeta roja para unas cuantas temporadas. Quizá no vuelva a jugar más a su juego duro porque

hay sanciones de las que no levantas cabeza, de las que sólo puedes salir con los pies por delante.

En cuanto a mí, seguí en el fútbol durante algunos años más, alternándolo con el balonmano, si bien sólo el ajedrez me dio satisfacciones. El tablero de ocho por ocho tiene la ventaja de que hay dos mentes solitarias frente a frente, y ningún trencilla puede anularte el pase en profundidad de un alfil, el remate contundente de una torre, la burla de un caballo a la barrera de peones. Sigo soñando algunas veces con aquella jugada de jaque. Y siempre doy mate en dos a ese rey con cara de Nacho por mucho que suene el despertador con timbre de silbato siniestro.

Tres años más tarde, la mitad de mi vida se murió: Un domingo de finales de junio por la mañana, en el transcurso de una carrera en el parque junto a mi amigo Oterín, mi corazón se volvió loco y comenzó a latir de modo desmesurado, ahogando mi respiración y provocando un agudo dolor en el pecho. Logré llegar a casa, y debido a las náuseas que sentía, no pude comer nada –ante la extrañeza de mi madre-, y me senté un rato a ver la tele. Pero ese corazón encabritado no dejaba de latir en mi pecho y en mi cabeza..

Mi madre, siempre vigilante, se dio cuenta de mi estado, me dijo que me arreglase porque nos íbamos al Sanatorio Modelo. Por urgencias. Dos horas más y no la cuento. 10 días en la UCI y siete en planta. Ella y los doctores Castro Beiras y Pérez Martínez me salvaron la vida. Los entrenadores de bata blanca me excluían de cualquier convocatoria alegando este informe: <<Displasia arritmogénica del ventrículo derecho. Cuadro severo. Precisa tratamiento permanente. No deberá realizar ningún esfuerzo físico. Por lo demás, vida normal>>. A chupar banquillo durante el resto de mi vida.

Oterín nunca vino a verme. Ni cuando estuve ingresado ni cuando me recuperaba en casa. Un día de finales de agosto recibí su llamada telefónica, invitándome a reunirme con él, alegando un sinfín de excusas débiles para justificar su inexplicable distanciamiento y consiguiendo, con ello, que reconociera al falso amigo como la sombra que nos sigue mientras dura el sol. Mientras estuve en la UCI, mi padre entró por urgencias una mañana- seguramente sus nervios y un insomnio crónico le traían continuamente la imagen de su convaleciente hijo-. Su corazón se resintió, pero se recuperó. Sólo mis padres estuvieron a mi lado. Ya nada volvió a ser como antes. Perdí a mi mejor amigo y la sangre vital de mi adolescencia, el deporte. Sí, quizá saliera más fortalecido, pero todo lo que endurece desmoraliza.

Daría cualquier cosa. Daría cualquier cosa por unirme a esos chavales que juegan al fútbol en el recreo del colegio donde doy clase y disputar un *centro* con ellos. Sentir los nervios previos al partido, oír gritar tu nombre desde el

banquillo, volver a tu campo con la cabeza gacha recibiendo los abrazos y las palmadas de tus compañeros tras haber anotado un tanto, pegarle varias veces al balón con el empeine, suave, con efecto. Con el corazón lleno de alegría.

No puedo aún hoy evitar pensar que aquel equipo era un equipo de fútbol: creo escuchar correr de nuevo la calderilla por la ranura del monedero, la pulsión del mecanismo y las cinco bolas rodar por el cajón de madera. Alguien en las alturas giró las barras y las movió como los molinos agitados por el viento.